

nificado de la mano, y cómo este tierno y candoroso fisonomista halló que las narices quijotescas revelan naturalezas impetuosas y aferradas a sus ideas. Mas espero que el más descontentadizo documentista quede satisfecho de mi diligencia y de la escrupulosidad de mis investigaciones hechológicas, sin tal análisis de añadidura. No es menester menos cuando se trata de sugerir verdad tan verdadera, pero al parecer tan desatinada y absurda, como la de la existencia real y efectiva, real por ser ideal, efectiva por operativa, del Caballero de la Triste Figura, ni es menester menos cuando se cree que, a pesar de la hechología toda, no hay hecho insignificante, sino que todos son misteriosos y milagrosos.

Aún queda una última cuestión, la de mayor oportunidad, y es esta: el pintar a Don Quijote quijotesicamente, *en buena filosofía*, como símbolo vivo de lo superior del alma castellana, ¿es empresa de pintor español actual?

Dejo este problema al lector.

1.º Noviembre 1896.

ACERCA DE LA REFORMA
DE LA
ORTOGRAFÍA CASTELLANA

VALDÉS. ... de manera que pues la pronunciación es con *h*, yo no sé por qué ha de ser la escritura con *f*, siendo fuera de propósito que en una lengua vulgar se pronuncie de una manera y se escriba de otra. Yo siempre he visto que usan de la *h* los que se precian de escribir pura y castellanamente. Los que ponen la *f*, son los que no siendo muy latinos van trabajando de parecerlo.

.....
TORRES. No sé yo si osaríades dezir eso en la Chancillería de Valladolid...

VALDÉS. ¿Por qué no?

TORRES. Porque os apedrearían aquellos notarios y escribanos que piensan levantarse diez varas de medir sobre el vulgo, porque con saber tres maravedís de latín, hazen lo que vos reprehendeis.

(VALDÉS. *Diálogo de las lenguas.*)

ESTE pasaje del *Diálogo de las lenguas* del famoso humanista español del siglo xvi, viene como anillo al dedo a los que han plantado una hache a armonía, una pe a setiembre, y otros colgajos por el estilo, para cuya invención no hace falta más de tres maravedises de lenguas clásicas. Puede, a la vez, servir de introducción a las presentes notas acerca de la reforma ortográfica.

Cuestión es esta que empieza a agitarse con cierto empeño en los países de lengua castellana, respondiendo a una campaña iniciada en Francia, donde es el problema de mayor importancia que aquí, dado que la lengua hablada y la escrita francesas divergen entre sí mucho más que las respectivas castellanas.

Los más doctos lingüistas y pedagogos franceses se han pronunciado en favor de la reforma ortográfica, en dirección al fonetismo. Hace algún tiempo recibió la Academia francesa una petición suscrita por más de 10.000 firmas de profesores de enseñanza primaria, secundaria y facultativa, en demanda de la apetecida reforma; y recientemente ha publicado un boletín profesional otra petición análoga, dirigida al Ministro de Instrucción pública, petición que firman gran número de profesores facultativos y de eminentes lingüistas. Existen sociedades dedicadas a promover y fomentar la agitación reformista en ortografía, habiendo aceptado la Academia francesa, en parte, las demandas de tal opinión. Todo esto, como decía, se comprende mejor en Francia que aquí ¹.

¹ En el prefacio a la *Grammaire raisonnée de la langue française* de Leon Clédat, dice Gaston Paris que «los gramáticos han hecho de casi toda la gramática (salvo la sintaxis)

En Alemania ha ya algún tiempo, en 1879, que se introdujeron reformas ortográficas en sentido fonetístico, asimilando las palabras de origen latino, en su ortografía, a las genuinamente germánicas.

Es un hecho curioso el de que en los renacimientos reflexivos y más o menos artificiosos de las lenguas y literaturas regionales sea una de las cuestiones más debatidas la de la ortografía. Aparentando tender a la mayor sencillez y naturalidad posible, y creyendo acaso algunos no dejarse guiar de otro móvil, trabajan los regionalistas por introducir en sus respectivas lenguas regionales una ortografía que las separe, más aún de lo que están, de la lengua nacional con que combaten. Esto se ve en los esfuerzos por enderezar la ortografía catalana del grupo de entusiastas jóvenes que redactaron la segunda época de la excelente revista *L'Avenç*, y esto se ve en las diversas anotaciones adoptadas para escribir el vascuence ¹.

el arte de aplicar la ortografía de la Academia... Escribir, para ellos, significa esencialmente notar los fonemas idénticos diferentemente, o idénticamente los fonemas diferentes, según el uso académico... Enseñar y aprender ortografía es lo que se llama enseñar y aprender el francés».

¹ Como quiera que el vascuence no ha sido lengua escrita hasta tiempos modernos, al llegar a serlo adoptó la ortogra-

Entre los pueblos de lengua española, es en los americanos donde más afán hay por la reforma ortográfica, y entre los americanos, en los chilenos. Puede verse, en prueba de ello, el folleto *Neógrafos kontemporáneos. Tentativa bibliográfika*, presentado al Congreso científico chileno de 1894 por D. Carlos Cabezón (o *Kárlos Kabezon*, que es como él se firma).

Como la cuestión ha empezado a tratarse en

fía de la lengua en que escribían los vascos, del castellano en general. Posteriormente se ha introducido en el vascuence, por convención racional, la ortografía fonética, y de aquí que en vascuence escriban *Bizkaia*, *Gipuzkoa* y *Alaba*, pero hacerlo escribiendo en castellano no pasa de ser una pedantería ociosa, cuando tal sistema ortográfico no se extiende a la lengua toda castellana. En no adoptando en castellano la ortografía fonética no hay más razón en adoptarla para las voces de origen vascongado, porque en vascuence se la haya adoptado, que para las demás. Escribir *bascongado* y no *baliente* es una inconsecuencia. En el fondo sólo se trata de distinguirse. Hay no pocos paisanos míos que hacen cuestión de patriotismo o poco menos el escribir Vizcaya con be. ¡Dios les conserve muchos años la infantil simplicidad de espíritu!

No estará de más advertir, de paso, que al llamar *eúskaros* a los vascos se cometen dos disparates, además de la pedantería ociosa de la *k*, y son: 1.º, que no hay razón para hacer al terminacho ese esdrújulo; y 2.º, que llamar *eúscaros* a los que hablan la lengua *euscara* (no *eúskara*) es como llamar bables a los asturianos, sanscritos a los antiguos indios o calós a los gitanos. En vascuence se llaman *euskaldunak*.

revistas españolas, y de ella ha dado cuenta en esta misma el Sr. Baquero, discurrendo con tino y sensatez sobre el punto, voy, por mi parte, a echar mi cuarto a espadas.

Hay dos polos entre los que se mueve el proceso de las variaciones y cambios ortográficos, dos sistemas radicales de ortografía: el fonético, en que cada sonido se representa por un solo signo, no valiendo cada signo más que para un sonido sólo, y el etimológico, que tiende a mantener y perpetuar signos de sonidos muertos, meras huellas de lo que fué, como la naturaleza deja a un animal, a guisa de pendejo de estorbo, un órgano muerto por haber cesado en su función. *Mitología* es un ejemplo de escritura fonética, y de etimológica *mythologia*, que es como lo escriben los portugueses¹. En *mythologia*, la *y* y la *th* representan dos sonidos griegos, trascritos así por los latinos, porque careciendo éstos de ellos

¹ No me cabe duda de que al hacerlo, obedecen, ante todo, al empeño de diferenciar lo más posible su lengua de la nuestra, ya que no de otro modo, por la manera artificial de escribirla. Si en España se adoptara la ortografía portuguesa, los portugueses habrían de acabar adoptando la hoy nuestra.

no tenían signo correspondiente en su propio alfabeto. Es como si nosotros ideáramos representar por una *jh* el sonido de la *j* francesa, y escribiésemos luego *bijhutería* en vez de *bisutería* (advirtiendo que se leyese esa *jh* como *s*), por provenir este vocablo castellano del francés *bi-jouterie*.

Imposible, o poco menos, es el averiguar cómo se escribirían las lenguas cuando empezó a adoptarse la escritura alfabética, mas teniendo en cuenta que este sistema debió de desenvolverse del jeroglífico, es difícil que fuese enteramente fonético, si bien, por natural lógica, tendería a ello. Es lo natural que se propendiera a un solo signo por sonido, y un solo sonido para cada signo.

La palabra hablada evoluciona y cambia más que la escrita; a las palabras se las lleva el viento, mientras los escritos quedan. Y así como el vapor toma mil formas, al parecer caprichosas, según el viento que corra, mientras el hielo conserva la que le dió el recipiente en que se formara, hasta que se le arranque a fuerza o a lento deshielo, así el *flatus vocis* es más variable, caprichoso y rápido en su evolución, que el jeroglífico. Vive el sonido y cambia, según número y medida, al rodar por las bocas y oídos de las ge-

neraciones humanas, mientras el signo gráfico, sujeto a piedra o pergamino, se emperdenece o apergamina, y queda. Y tanto corre el verbo, y tan pesada es en seguirle la letra, que habiendo arrancado juntos, acaban por perderse de vista, o poco menos, como se ve comparando el idioma inglés hablado con el escrito, representante este último de un período antiquísimo de la lengua hablada, período a partir del cual ha sido enorme el desarrollo fonético del inglés.

Muchas veces se ha promovido la batallona cuestión acerca de la lectura de la lengua griega, con las discusiones de erasmianos y reuchlinianos. Como quiera que los textos griegos que se estudian en nuestras cátedras pertenecen a épocas entre las que median más de veinte siglos, desde Homero a los padres de la Iglesia, e incluyen escritos de diversos dialectos, claro está que habría que adoptar distinta lectura, según la época y la región a que el escrito pertenezca. Por donde se ve cómo la lengua escrita da principio de continuidad en medio de las divergencias de lugar y tiempo de la lengua hablada ¹.

¹ A las veces estas divergencias pueden ocasionar interpretaciones erróneas. Vaya de ejemplo: La *eta* (η) griega lefase ya en la época clásica lo mismo que la *tota* (ι), por manera que escribiéndose de distinto modo los vocablos

A la natural divergencia entre la lengua escrita y la hablada, que proviene de la relativa fijeza de aquélla junto a la variabilidad de ésta, únese la acción pedantesca de los eruditos, empeñados en mostrar más profundo conocimiento de la lengua, acción que ha producido y produce verdaderos desatinos. ¿Qué diríamos de quien atento al latín *baptizare*, y sin atender que la *u* de *bautizar* es la heredera fonética de la *p* latina, escribiese *bauptizar*? Pues algo así suele hacerse, sobre todo en francés, en cuya ortografía no faltan casos de albarda sobre albarda.

Los inconvenientes de todos géneros que surgen de la escisión entre la lengua hablada y la escrita, son muchos más y mayores que los que nos figuramos, no siendo el menor de ellos la pérdida de tiempo y de atención que el aprender ortografía artificial hoy causa a los niños. Al dañino proverbio de que «el saber no ocupa lugar», hay

κάμηλος (*cámelos*, camello) y *κάμιλος* (*cámilos*, calabrote o cable), ambos se leían del mismo modo: *cámilos*. Y esta confusión hizo que por una falta de ortografía se tradujera un famoso pasaje del Evangelio: «*es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos, que el que pase un CALABROTE por el ojo de una aguja*», haciendo del calabrote camello, y resultando así una metáfora disparatada por lo incongruente. Y una vez cometido el error, no han faltado interpretaciones ingeniosas a lo del camello.

que oponer esta coleta: pero el aprender ocupa tiempo.

Tales inconvenientes y la exigencia lógica, han movido en todos tiempos a almas generosas y humanitarias a proponer reformas ortográficas más o menos ingeniosas y más o menos practicable, propuestas que han sido más en Francia—por la razón ya dicha—bastando recordar las disputas que a mediados del siglo xvi sostuvieron meigretistas y anti-meigretistas, y la serie de autores que han tratado de esta cuestión en Francia, desde Meigret (1545), pasando por el célebre Pedro Ramus (en su *Gramère*, 1562), hasta nuestros días.

En España se pronunciaron por la buena doctrina nuestros dos primeros lingüistas en orden de tiempo, Juan de Valdés, cuyo es el texto que sirve de lema a estas notas, y el maestro Lebrija, que en sus *Reglas de orthographia en la lengua castellana* propuso ya una reforma en sentido fonetístico.

Hay en esto de la ortografía, como en todo, los revolucionarios y los evolucionarios o posibilistas, y entre los primeros los hay fonetistas y etimologistas, o sea progresistas y retrógrados. Quieren los unos entrar a tajo y mandoble en la ortografía tradicional, no dejando hache ni uvé con hueso

sano, revolviendo todas las ces, qus, ges y jotas habidas y por haber. Otros, retrógrados absolutistas, quieren volvernos hacia atrás y resucitar signos de sonidos muertos, meras cáscaras sin almendras, para colgárselos, cual flamantes arreos, a nuestras actuales voces, y ya que sea imposible hacérselas pronunciar a la antigua, vístanse a ella por lo menos.

Empezando por desembarazar el campo de las razones de estos últimos, digamos que alegan, como única, la de que con escribir conforme al origen etimológico de las palabras ganaría la claridad del significado, evitándose así discusiones. Razón esta especiosísima. Ganarían, si es que ganaban, en claridad y significado las palabras, merced a la ortografía etimológica, tan sólo para aquellos que conocieran las lenguas madres y el vocablo matriz en ellas; pero estos tales ¿necesitan acaso de tal ortografía? ¿No son capaces de hallar sin ella la etimología? «La ortografía llamada etimológica no enseña nada a los que no saben ni latín ni griego, y no ilustra tampoco a los que han hecho estudios filológicos», dice muy bien León Clédat en su *Grammaire raisonnée de la langue française*.

Y además de esto, ¿de cuando acá depende de la etimología la claridad del significado? ¿Es que

el significado no evoluciona lo mismo que evoluciona la forma fónica? ¡Aviado saldría quien de la etimología quisiera sacar lo que significan las voces *pontífice*, *presbítero*, *estro*, *persona* y cien más!

No hay que darle vueltas a la cosa; tenía Bello razón sobrada al decir que conservar letras inútiles por amor a las etimologías, le parecía lo mismo que conservar escombros en un edificio para que éstos nos hagan recordar al antiguo.

Ocurre además, y esto es lo más importante acaso, que la ortografía etimológica es la menos científica, porque no reproduce el *hecho actual* y *vivo*, tal y como es, con la mayor exactitud posible. ¡Enterado quedaría el extranjero que leyendo nuestra prensa creyera que en español decimos *septiembre*!

¿Y qué diríamos si algún futuro sabio elefante tudesco endilgara una disertación doctísima acerca del sorprendente fenómeno de que habiéndose reducido el grupo fonético latino *pt* a *t* castellana, según *ley natural*, volvió a resucitar la *p* en el último cuarto del siglo XIX? ¹

¹ En algo así cayó el benemérito D. Tomás Antonio Sánchez, que en su *Prólogo* a las poesías del buen clérigo Berceo, *preste sabidor de la fabla de Tulio e Marón*, decía no hallar camino por donde disculpar al poeta de la falta de con-

Nada más científico que la reproducción, lo más fiel posible, del hecho; como que la ciencia se reduce al conocimiento de hechos mediante leyes, no de leyes mediante hechos. El fonógrafo es, sin duda, un procedimiento mucho más científico que la escritura, de reproducir la lengua hablada. Como dice muy bien Max Müller en su *Ciencia del lenguaje*: «la pronunciación de las lenguas cambia conforme a leyes fijas, y su lectura ha cambiado de la manera más arbitraria, de modo que si siguiera nuestra ortografía estricta y fielmente a la pronunciación de las palabras, serviría en realidad de mayor ayuda para el estudiante del lenguaje que lo que le sirve el modo actual de escribir, incierto e incientífico». Esto lo escribía Max Müller en inglés, que es donde mayor aplicación halla.

sonante que se nota en algunas de sus coplas (véase *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*, tomo II. Madrid, 1780). Citaba al propósito, entre otras faltas, la de que Berceo pone por consonantes *benedicto, victo, fito, zatico, o quantos y sanctos*, sin echar de ver el bueno de Sánchez que Berceo rimaba a oído y no a vista, y sin recordar lo que decía posteriormente Valdés, el autor del *Diálogo de las Lenguas*, que él no escribía como muchos *sancto* y *significado*, porque esas *c* y *g* no sonaban. Y aquí sí que en fuerza de pedantería han logrado los ortografistas que digan muchos *significado* haciendo sonar la *g*.

¿Es cosa, pues, de que nos echemos desde luego en brazos de los radicales revolucionarios fonetistas? ¿Bamos a ponernos a eskribir (o esqribir) desde luego en alguno de los barios sistemas neográficos como por aí korren? ¡Librenos Dios! ¡A dónde iríamos a parar!

Si se les dejara entrar a tajo y mandoble en la tradicional ortografía de modo que no quedasen *h* ni *v* con vida, y revolvisen todas las *c*, *q*, *g* y *j*, ¿qué sería de aquellas reglitas, llenas de encanto tradicional e impregnadas de dulces recuerdos infantiles? Los que nos sabemos la vieja ortografía ¿qué íbamos a hacer de ella? ¡No, mil veces no! Sería una medida cruelísima que habría de ocasionar grandes sinsabores a los hombres hechos y acostumbrados a la ortografía hoy usual entre gentes de buena conciencia, proporcionándoles larga serie de tropiezos y dificultades la rotura—, o si ustedes prefieren ruptura—de la asociación mental, establecida por hábito entre la palabra escrita y la hablada, pues un escrito falto de ortografía es costosísimo de ser leído. Las asociaciones de ideas establecidas ya son derechos mentales adquiridos, y contra los derechos

adquiridos no hay justicia que valga. O por lo menos que se nos indemnice a los perjudicados.

Pero hay otra razón potentísima en contra del fonetismo ortográfico impuesto de golpe y porrazo, y es que la ortografía tradicional es principio de continuidad, no sólo en el tiempo, sino que también en el espacio. Si los pueblos de lengua inglesa—*the english speaking folk* que ellos dicen—, adoptaran la ortografía fonética escribiendo cada cual como pronunciase, es seguro que habrían de surgir al punto de la lengua inglesa un número de dialectos que llegarían a hacerse ininteligibles entre sí. Gracias a su ortografía, enrevésadísima como es, mantiene su unidad el inglés; su ortografía es en él el principio conservador, en lengua tan hondamente progresiva.

La unidad que la ortografía impone, al contener la excesiva variabilidad de la lengua hablada, le da unidad en espacio y tiempo.

Recuerdo haber oído contar que un español, no andaluz, se encontró en una casa de cierto lugar de Andalucía con esta inscripción:

k pan k la

Preguntó al dueño del local lo que esto significase, y el dueño, riguroso fonetista, le contestó

que bien claro estaba lo que allí decía: *ca panca-lá*. Y como no pudiera sacarle de aquí, pidió le dieran de aquel producto, que tal llegó a parecerle, encontrándose con que era *cal para encalar*.

Y, en efecto, ¿por qué no habían de escribir los unos *señor* y los otros *zeño*; éstos *pollo*, y aquéllos *poyo*; unos *piedá*, otros *piadat* y *pie-daz* otros? Y ¿quién sabe si así no se enriquecería la lengua con accesión dialectal? ¿Qué es, después de todo, la voz *juerga* más que una manera dialectal de pronunciar lo que otros dicen *huelga*? Una *juerga* no es más que una huelga andaluza. Neografista hispano-americano hay que escribe *reflekzión*, sin duda porque así lo pronuncia, y, sin embargo, no es esa la pronunciación corriente en España.

Nuestro mismo alfabeto es una abstracción, porque en boca de españoles se oye muchos más sonidos que los que componen nuestro abecedario. El signo *s* responde a varios sonidos diversos, según la región española. Y en otro sonido, ¿dice acaso un riojano *contra* lo mismo que un segoviano?

La ortografía fonética misma, formulada de un modo o de otro, es ya un principio autoritario y centralizador; todo lo que no sea escribir cada cual como él habla, no es puro y neto fonetismo.

Y si esto se usase, ¡vaya una algarabía la que se armaba!

Se trata, pues, en todo caso, de simplificar la ley escrita, pero no de abolirla. Creo además lo más eficaz para destruir la ley, empezar por acatarla; el aceptar algo como mal necesario, es el principio de su eliminación. Resignación, pues, a la actual ortografía, pero resignación activa. No me correré hasta el puro idealismo de escribir *circuspección*, pero ni aunque me aspen me hacen escribir *inconsciente* o *incognoscible*.

Entre las dos escuelas radicales, la de los revolucionarios fonetistas y la de los revolucionarios etimologistas, tenemos la de los posibilistas o evolucionarios, la de los que, sin violentar la marcha natural de las cosas, procuran acelerarla, o más bien quitarle estorbos del camino. Y no ha de confundirse con el de éstos cierto donoso evolucionismo que fija hitos para la total reforma a plazo fijo, como la graciosísima proposición que en 1859 hizo en Francia Casimiro Henrycy, de reformar en diez años la ortografía francesa, dividiendo las reformas en cinco grados, escalonados de dos en dos años. ¡Esto sí que es jacobinizar la evolución!

Como ejemplo de sano posibilismo en reformas ortográficas, mencionaré la del meritísimo D. Andrés Bello, espíritu circunspecto, aplomado y poco amigo de brusquedades, que escribía *i* latina siempre que ésta fuera vocal (*i, hai, voi*), y *jota* en todo sonido de *ge* áspera (lójica, jeología), relegando la *g* para las sílabas *ga, gue, gui, go, gu*. Nótese que esta modesta reforma, sin romper asociación alguna, y manteniendo los sonidos actuales de la jota y de la ge, introduce un orden en aquella anarquía de escribir *mujer* o *muger, extranjero* o *extrangero*, y reduciendo la *ge* a no más uso que el de su sonido suave, prepara el olvido de que sonara como jota, y la caída, consiguiendo a tal olvido, de la *u* de *gue, gui*, naturalísima caída cuando ya no se emplee la *ge* con sonido de *jota*. En esta pequeñez de escribir Bello *jeología*, ¡qué curso de posibilismo!

Tenemos otros, casticísimos en su carácter, a las veces progresistas y otras retrógrados, que ni van al vado ni a la puente, ni se están en medio; que ni suben, ni bajan, ni se están quedos; arbitrarios casi siempre, que sin atreverse a romper la tradición erudito-pedantesca, sólo a medias nos vuelven a ella; conservadores, en fin, a la española, que todo lo embrollan sin conservar nada, y que en vez de mantenerse entre los